

## El Personalismo en Romano Guardini

Carlos Donoso Pacheco

Este texto se publica aquí tal como fue preparado para el Encuentro, si bien por limitaciones de tiempo no se pudo presentar en toda su extensión durante el desarrollo del mismo.

En un encuentro como este, que se realiza 70 años después de la publicación de *El hombre y el estado*, de Jacques Maritain, nos ha parecido interesante recordar también a otro pensador cristiano que vivió en la misma época de Maritain. Nos referimos al filósofo y teólogo personalista italiano-germano Romano Guardini (1885-1968). Guardini es mencionado por diversos autores junto a otros destacados pensadores que durante el siglo pasado enriquecieron el pensamiento cristiano y su posición frente a los problemas contemporáneos. Como exponentes de la corriente personalista impulsada por Emmanuel Mounier y Jacques Maritain, Juan Manuel Burgos, en un artículo titulado “El personalismo: una antropología para el siglo XXI”, menciona una numerosa cantidad de grandes pensadores, como Marcel, Nédoncelle, Buber, Ebner, Rosenzweig, Lévinas, Scheler, von Hildebrand, Stein, Wojtyla, Carlini, Paryson, Stefanini, Guardini, Seifert, Crosby, Zubiri, López Quintás, Entralgo Díaz, el propio Burgos, Marías y Polo, sin considerar, dice Burgos, a teólogos.

La significación del pensamiento antropológico e histórico de Romano Guardini y su cercanía en aspectos importantes con la filosofía de Maritain fue señalada y destacada ya, hace algunas décadas, por el filósofo y político chileno Jaime Castillo Velasco, fundador del Instituto Maritain de Chile, en dos artículos –“Cristianismo e historia” y “El pensamiento histórico de Romano Guardini”- aparecidos en dos números sucesivos de la magnífica revista Política y Espíritu, editada en Chile entre 1946 y 2004.

En la obra de Romano Guardini se manifiesta como algo muy central su visión antropológica, muy ligada a su visión histórica. Ya en la década de los años treinta del siglo pasado, Guardini trabajaba en la respuesta a “la pregunta por la esencia del hombre”. Sostenía que este “interrogante se plantea hoy con una radicalidad desconocida desde hacía mucho tiempo, y aseguraba que no podía exponer entonces “todo lo que ha contribuido a este planteamiento porque ello exigiría un análisis de los procesos más íntimos del siglo pasado”. (1)

Pues bien, en su importante obra el *Ocaso de la edad moderna* no sólo analiza los procesos más íntimos del “siglo pasado” (s. IXX), sino los de la historia entera de occidente, desde la antigüedad hasta nuestros días.

Al referirse a dicho libro, Jaime Castillo señala una característica importante cuando sostiene: “El autor piensa, sin duda, como lo que es, es decir, como católico. Pero esta calidad no impone de partida ninguna premisa. El tono de la obra es de un historiador o filósofo de la cultura que se limita a señalar ciertos hechos, a pronunciar ciertas interpretaciones manifiestas. Va surgiendo así el cuadro de un proceso espiritual, en que dominan sucesivamente dos tipos de hombre: el cristiano medioeval y el humanista moderno.”

Guardini comienza señalando que tanto el hombre antiguo como el medieval “carecen de la idea, familiar para nosotros, de una relación espacio temporal infinita. Ambos ven el mundo, y lo que es aún más importante, lo sienten, como una obra limitada, como una figura modelada, dicho en términos gráficos, como una esfera”. Pero agrega en seguida que “dentro de esta semejanza aparecen, sin embargo, diferencias trascendentales”.

El hombre antiguo no trasciende los límites del mundo. Ignora el sentimiento de una realidad divina o un lugar exterior a ese mundo, de modo que no puede contemplarlo ni darle forma desde fuera del mismo. Bajo esta perspectiva, siente lo existente como algo estéticamente ordenado y divino, y de este sentimiento surge el mito, con figuras y acontecimientos que proporcionan una explicación del mundo y del hombre.

Por otra parte, el hombre se contrapone al mundo en virtud de su espíritu y, a pesar de ello, pertenece a él. Puede decirse que el hombre está en el mundo y el mundo está en el hombre.

Más tarde el sentimiento religioso se aparta de su fundamento mítico y se une al filosófico de acuerdo con diversas expresiones y orientaciones. Una constante y fluida constelación de interrogantes, problemas y soluciones en torno al mundo y a la vida social y política ofrece un cuadro, al decir de Guardini, de “libertad de orientación, tan fecunda como peligrosa, de la actividad humano-cultural, libertad que se despliega sobre fenómenos espontáneos de carácter existencial e ideológico como arranque y punto de apoyo”.

## **La visión medieval**

“El hombre, para la Edad Media, era, por una parte, criatura de Dios, sometido a Él, y estaba completamente en sus manos, pero, por otra, era imagen de Dios y estaba inmediatamente ordenado a él con un destino eterno. Interior a Dios, se hallaba al mismo tiempo dotado de un señorío espiritual sobre el mundo.

Muy distinta es la imagen del mundo en la época medieval. El hombre cree, conforme a la revelación bíblica, en una realidad divina que está fuera del mundo y por encima del mismo. Dios está presente en el mundo que ha creado, pero no pertenece a él. Es independiente y soberano respecto al mundo. Esta soberanía está relacionada, precisamente, con su actividad creadora.

Por su parte, al referir a Dios la propia vida, el hombre rompe su vínculo mítico con el mundo. Se abren así “los horizontes de una nueva libertad. Un distanciamiento del mundo, de nuevo cuño, permite lanzar sobre él una mirada y tomar respecto del mismo una actitud, con independencia del talento y de la cultura, mirada y actitud que no fueron concedidas al hombre antiguo. Pero con esto se hizo también posible algo en lo que no se había podido pensar antes: una configuración completa de la existencia”. (2)

Además, bajo el influjo del modo de ser germánico, caracterizado por su dinamismo interno y su orientación hacia lo ilimitado, se manifiesta, dentro de la fe cristiana, la tendencia medieval hacia la superación del mundo en Dios, para volver después hacia el mundo y darle forma. También se manifiesta una fuerte tendencia hacia lo universal, y una voluntad de penetrar y abarcar el mundo, de lo cual nace su sistema de órdenes cósmico y existencial. La totalidad del cosmos es considerada como un cuerpo esférico, en cuyo centro está situada la tierra, igualmente esférica. “Alrededor de ésta giran las esferas, enormes recipientes de sustancia incorruptible, que sostienen a las estrellas”. La novena esfera pone término al mundo, alrededor del cual se sitúa el Empíreo (cielo o paraíso), el lugar de Dios.

El polo opuesto al Empíreo es el centro de la tierra. Trasladado al campo religioso, este es un lugar de oposición a Dios si se lo ve en un sentido negativo, o bien corresponde a la intimidad del hombre, al “fondo de las almas”, si por el contrario se lo ve en un sentido positivo.

“En el Empíreo Dios obra según los cánones de la soberanía; en el fondo de las almas sigue las normas de la intimidad. Uno y otro son ‘lugares’ de arrobamiento y éxtasis, que rebasan los polos de la existencia, tanto hacia el interior como hacia las alturas.

Entre estos dos lugares está suspendido el mundo, que tanto en su totalidad como en cada uno de sus elementos es imagen de Dios. La jerarquía de cada ser existente, grado y medida de semejanza que tenga con Él. Las distintas categorías de seres están a su vez en relación mutua, y constituyen así la ordenación del ser: seres inanimados, plantas, animales. En el hombre y en su vida se reúnen el universo para desarrollar un nuevo orden: el del microcosmos con su plétora de grados y significaciones”. (3)

### **Las transformaciones de la época moderna**

La imagen del mundo de la época medieval comienza a desvanecerse, sin embargo, a partir del siglo XIV y da paso a otra muy distinta, propia de lo que se ha llamado edad moderna. Profundas transformaciones se manifiestan en el campo de la ciencia, la economía, la política, la cultura. En todas estas actividades se expresa una creciente autonomía y desarrollo de la individualidad. El afán de conocimiento del hombre se vuelca hacia la realidad para conocerla directamente mediante su razón.

En medio de esas transformaciones surge una nueva visión del universo, profundamente distinta a la antigua y a la medieval. “Ahora, dice Guardini, el mundo comienza a dilatarse y a forzar sus contornos. Se descubre su expansión indefinida, más allá de los límites conocidos. El antiguo deseo de un mundo limitado, que, en otro tiempo, determinaba el carácter de la vida y de toda actividad humana, desaparece, y su lugar lo ocupa otra suerte de voluntad que otorga sencillamente a esa expansión sentido de liberación”. (4) La tierra deja de ser el centro del universo. Se pone en tela de juicio la finitud del mundo, así como la idea de un comienzo y fin de la historia humana. El ser humano pasa a ser uno más de las innumerables cosas y acontecimiento conocidos y los que queda por conocer.

Ello no quiere decir que el individuo no se considere importante para sí mismo. Por el contrario, con la Edad Moderna aparece la conciencia de la personalidad. “La observación y el análisis psicológico se centran sobre él. Despierta la tendencia hacia lo que es extraordinario dentro de la categoría de lo humano. El concepto de genio alcanza una importancia decisiva”. Unido este concepto al sentimiento de ilimitación del mundo y de la historia, constituye el patrón para medir el valor del hombre. Pero, por otra parte, todo lo anterior está acompañado de la pérdida de un lugar seguro de existencia para el hombre, con la consiguiente sensación de angustia y desamparo.

### **Naturaleza, sujeto y cultura**

Para Guardini, los elementos fundamentales de la nueva imagen del mundo se encuentran en los conceptos de naturaleza, sujeto y cultura. Se trata de fenómenos correlativos; se condicionan y complementan recíprocamente.

En la Edad Moderna se entiende por naturaleza lo dado de un modo inmediato, la totalidad de las cosas antes de toda acción del hombre sobre ellas. Pero, por otra parte, la naturaleza es también la norma de lo bueno y lo perfecto en relación con todo conocimiento y actividad, y en este sentido significa “lo natural”. Expresa asimismo algo último que no puede ser trascendido, si bien ella no puede ser comprendida y presenta un carácter misterioso, de naturaleza-dios y objeto de veneración religiosa.

Ahora bien, si por un lado el hombre mismo pertenece, en cuanto a su esencia, cuerpo y alma, a la naturaleza, en la medida en que descubre este hecho y cuenta con él, rompe su vinculación con la naturaleza y se sitúa frente a ella.

Esa experiencia, según Guardini, da origen al segundo elemento fundamental de la concepción moderna de existencia: la subjetividad. El hombre “se convierte en algo importante para sí mismo; el yo, sobre todo el extraordinario, el genial, viene a constituir la norma para medir el valor de la vida” y la subjetividad “se presenta, ante todo, como ‘personalidad’, como estructura humana en desarrollo por su propia capacidad e iniciativa”. Todo cuanto pueda deducirse de la personalidad o del sujeto adquiere carácter de definitivo y justificado.

El concepto de cultura, por su parte, surge del mundo de los actos y obras humanas que tiene como polos los dos elementos anteriores –la naturaleza y el sujeto-personalidad-, pero que es autónomo frente a ellos. Así, el hombre “emprende la tarea de construir la existencia como obra suya”, coincidiendo este momento con la implantación de la ciencia y la técnica.

### **Problematismo de la existencia humana**

En la visión de Guardini, a lo largo de todo este proceso, Dios y la Revelación habían ido perdiendo su puesto en el cosmos a fines de la época medieval y durante la moderna. Pero luego se presenta en relación con el hombre el mismo interrogante: ¿dónde está *su puesto* existencial? Guardini responde que “la imagen científica del universo ha llegado a ser más exacta, pero no da la impresión de que el hombre se halle en él como de regreso en su morada, así como tampoco siente el hombre espontáneamente que en dicho universo Dios se encuentre de nuevo en su domicilio”.

La existencia continúa entonces siendo problemática. El hombre experimenta distintas perturbaciones, debilidades y vulnerabilidades respecto de su existencia: angustia, violencia, ansia de bienes, reacciones contra el orden. “Las palabras y los actos adquieren cierto tono primitivo e inquietante. También las energías religiosas dan señales de vida. Fuera y dentro, se tiene la experiencia inmediata de los poderes superiores que, si bien son fuente de fecundidad, también desconciertan y aniquilan. En este ambiente, los problemas del sentido de la existencia, de la salvación y de la condenación, de las debidas relaciones con Dios, de la ordenación correcta de la vida –problemas de perenne actualidad-, cobran nueva intensidad. Se experimentan con mayor urgencia las contradicciones que se dan en la interioridad del hombre entre el deseo de verdad y la resistencia a ella, entre el bien y el mal. Se siente todo el problematismo humano”. (5)

La descripción e interpretación que hace Guardini en torno al desarrollo de la época moderna lo lleva a concluir que hay muchas señales de que los tres elementos fundamentales de la imagen del mundo que esta se había forjado –la naturaleza subsistente en sí misma, el sujeto-personalidad autónomo y la cultura creadora-constituyen ideas que comienzan a declinar. Ellas revelarían que la Edad Moderna está en su ocaso.

### **Modificaciones respecto a la naturaleza, el sujeto y la cultura**

Se han modificado, en efecto, las relaciones del hombre con la naturaleza. Esta no se le presenta como “la riqueza maravillosa, el contorno armónico, el orden sabio, la donante bondadosa a la que puede entregarse confiadamente”, sino como algo extraño y peligroso. No se sitúa ya frente a ella con sentimientos religiosos, sino con una vivencia de limitación. Limitación no sólo de medida, sino también de contenido: “lo existente ha tenido el valor de afirmarse como algo que no es sino limitado; corriendo un riesgo, ciertamente, pero recibiendo esplendor y brillo precisamente por ese mismo riesgo”. Nace así, respecto de lo existente, un sentimiento de preocupación, de responsabilidad, de interés afectivo penetrado de misterio.

Una transformación igualmente significativa se ha manifestado respecto al sentido que tiene la intervención de la naturaleza por el hombre mediante la técnica. Antes se la justificaba por su utilidad para el bienestar del propio hombre. Ahora y en el futuro, en cambio, ella se dirige a lograr dominio, al control de la naturaleza y de la existencia humana, con su secuela de acciones positivas, pero también destructivas. Las relaciones del hombre con la naturaleza revisten, pues, “el carácter de una operación extrema: o

consigue el hombre llevar a cabo con acierto su obra de dominación, o bien todo toca a su fin”. La singularidad misma de lo religioso se vincula, de este modo, a un sentimiento de profunda soledad en medio del “mundo”.

Otra transformación se ha producido en relación con la personalidad y el sujeto. En conexión con la técnica, ha hecho su aparición un concepto que está en oposición extrema al de personalidad creadora: el concepto de hombre-masa. No se trata, como antes, de una pluralidad de individuos no formados pero capaces de formación, sino de una estructura histórica fundamental que está sometida a la ley de la producción en serie, asociado al factor que preside el funcionamiento de las máquinas.

El hombre-masa no se aviene ya al concepto de personalidad. Carece de la voluntad de peculiaridad y originalidad. Acepta los objetos y formas de vida impuestas por la planificación, la organización y la fabricación en serie. Y esta es, en esencia, una característica a dirigidos y dirigidos. La relación social no tiene como antes su fundamento en el sentimiento del ser y de la esfera individual del hombre. Los hombres “son tratados como objeto cada vez con mayor naturalidad, en una gama que va desde las incalculables formas de ‘comprensión’ estadístico-administrativa hasta las opresiones inconcebibles del individuo, de grupos, e incluso de pueblos enteros”.

Así las cosas, “o el individuo es absorbido por las colectividades y se convierte en un mero portador de funciones, peligro que por todas partes se alza amenazador a juzgar por los acontecimientos; o bien se adapta, sí, a las grandes estructuras de vida y de trabajo y renuncia a una libertad de movimientos y de formación individuales -libertad que ya no resulta posible-, pero todo para concentrarse sobre sus raíces y salvar a ser posible lo esencial”. (6)

En este punto, Guardini se pregunta por las posibilidades que dentro de esta situación se abren para el hombre. Y para responder plantea más directamente una pregunta propiamente antropológica: “qué es en último término la realidad de lo humano”. Respuesta: “el haber sido llamado por Dios, y ser, por ello capaz de responder de sí mismo y de intervenir en la realidad movido por un principio interno de energía. Esto hace que cada hombre sea único, no en el sentido de que sus propias cualidades sean solamente suyas, sino en el sentido claro y absoluto de que cada uno, en cuanto subsistente en sí mismo, es inalienable, irremplazable e insustituible”. (7)

Sentado lo anterior, que corresponde a una definición teórica de hombre en sentido genérico, Guardini aborda un aspecto concreto que se deriva de la misma: ¿para qué

hombres o para cuántos hombres se han de abrir estas posibilidades de la cualidad de persona?

En relación con ello se vuelve plantear el problema de las minorías y las masas. Porque desde una posición individualista, característica de la Edad Moderna, podría objetarse que lo importante es el cultivo de los grandes valores y que estos están representados por minorías. Guardini no está de acuerdo con esta posición. Partiendo de la frase evangélica “¿de qué sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma? y entendiendo aquí por “ganar el mundo” todos los valores humanos existentes, opta la respuesta del hombre al llamamiento divino que le convierte en persona. En este sentido, por más que el desarrollo de la masa pudiera significar una limitación a los valores de la personalidad y la cultura, se impone el carácter absoluto de la ampliación de las posibilidades de la persona.

Concluye este pensador en que en vez de protestar contra la masa que va haciendo su aparición, en nombre de una cultura sustentada por personalidades, sería mejor preguntarse dónde radican los problemas humanos de esta masa. Para él, radican “en la disyuntiva de si la uniformidad que se impone con la mayoría conduce solamente a la pérdida de la personalidad o también de la persona. Lo primero es intolerable; nunca lo segundo”.

Volviendo a Guardini, se trata para él de averiguar cómo las posibilidades de la persona pueden permanecer abiertas en la masa. Frente a esto, la respuesta no ha de buscarse en los criterios de la cultura de la personalidad, sino con los de la misma masa, poniendo de relieve, “con una firmeza espiritual que antes no podía darse, lo que verdaderamente constituye la ‘persona’: el estar frente a Dios, la dignidad inalienable, la responsabilidad insustituible”. Por otra parte, si bien la masa encierra en sí el peligro de dominación e instrumentalización, abre también “la posibilidad de que la persona alcance su mayoría de edad”, en la medida, por cierto, de que se hagan esfuerzos por lograr una liberación interna y un robustecimiento contra las fuerzas impersonales.

A esto añade nuestro autor otra consideración importante. También tenemos hoy mejores posibilidades de cumplir la tarea de dominar el mundo que nos ha sido encomendada. Mejores porque las enormes exigencias que esa tarea representa no pueden ser cumplidas con la mera iniciativa individual ni con la unión de particulares formados en el individualismo. Las fuerzas y la unidad de dirección necesarias surgiría, en cambio, del sentido positivo que pueda darse a la renuncia a las singularidades y a la aceptación de una forma de ser común., al abandono de la iniciativa individual y a la introducción de la organización. El gran elemento humano-positivo de la masa, tras la reconquista de los

valores humanos de la bondad, el saber y la justicia, podría surgir de una solidaridad y una camaradería que pongan como su base a la persona.

En relación con el concepto de lo “humano”, Guardini cree necesario señalar algunas cosas, por lo demás de evidente significación antropológica. Bajo ese concepto se definía “como el hecho de que la esfera de actividad de dicho tipo de hombre coincidía con la esfera de sus vivencia”. Solo comprendía las cosas de la naturaleza “tal y como el hombre podía verlas, oír las, tocarlas con sus sentidos”. Estos órganos, acompañados de instrumentos a “escala humana”, determinaron sus realizaciones. Su querer, su poder y su percepción de la naturaleza “estaban en consonancia con su estructura psicofísica”.

Más tarde, sin embargo esta consonancia se modificó. Tanto las relaciones del hombre con la naturaleza como con su propia obra cambiaron. Se hacen indirectas, abstractas, positivas. Surgen de allí graves problemas: (...) “el hombre es, desde luego, lo que él vive; pero ¿qué es el hombre si el contenido de su obra no puede convertirse en vivencia suya? Responsabilidad supone, ciertamente, cargar con las consecuencias de lo que se hace; constituye el tránsito de la materialidad de cada acontecimiento a su aprobación ética; pero ¿en qué consiste la responsabilidad si el acontecimiento no tiene ya forma alguna concreta, sino que se presenta a través de fórmulas y aparatos?” Al hombre que vive de ese modo Guardini lo llama “no humano”, sin que esto implique un juicio moral sino una mera descripción.

Pero también se modifica la imagen de la naturaleza, porque esta se ha convertido en algo extraño, mediato y abstracto. Se ha convertido en una compleja estructura de relaciones y funciones comprendida meramente por símbolos matemáticos sin determinación concreta. Sin perjuicio de las probables posibilidades positivas que esto encierra, esta naturaleza “no es ya –por seguir utilizando la calificación elegida para el hombre-, la ‘naturaleza natural’ (de la cual trae su origen el concepto de lo ‘natural’, entendido como lo que es inmediatamente evidente, lo que se comprende por sí), sino la ‘naturaleza no natural’, tomando también esta denominación no como expresión de un juicio, sino como recurso descriptivo”. (10)

Ahora bien, también en la imagen de la cultura advierte Guardini una transformación, una total modificación de lo que llamamos “cultura”. En los albores de la Edad Moderna la actividad cultural se percibió como el “estallido de una primavera existencial pletórica e inconteniblemente segura de su porvenir”. Dicha Edad tuvo fe en el progreso. Hoy, sin embargo, desde la misma cultura surge la crítica y la duda.

Es que la cultura de la Edad Moderna ha tenido una visión falsa del hombre. Bajo el influjo del positivismo y el materialismo, se ha visto en él un resultado de la evolución material y animal, en circunstancias de que más allá de sus vínculos con las demás cosas, el hombre es algo esencialmente distinto, definido por el espíritu. Aunque tiene la condición de substancia finita, es persona e individualidad. Por esto su dignidad es inalienable, su responsabilidad irremplazable, su actuación libre. Lo que no debe entenderse como cierto existencialismo que niega al hombre todo antecedente, todo orden, toda esencia. Además, hay “un mundo circundante –universo visible y ambiente-, que, si bien constituye una amenaza, también funciona como punto de apoyo”.

La antropología de la Edad Moderna no ve al hombre. Opera con él, lo somete a estadísticas, lo inserta en organizaciones, lo utiliza, pero todo esto lo hace con un fantasma.

Entre todos los peligros que ello encierra, resulta especialmente grave el que se relaciona con el problema del poder. En su libro *El poder* señala diversos peligros. El primero es el de la destrucción violenta, la guerra. Otro, menos perceptible pero que “extiende por todas partes su amenaza”, es que el hombre adquiere un poder cada vez mayor sobre el hombre mismo, sobre su cuerpo, su alma y su espíritu. Un tercer peligro reside en la influencia que ejerce sobre la existencia el poder en cuanto poder, es decir, la violencia, la coacción. Y el cuarto peligro es el que “encierra el poder para la misma persona que lo emplea”, sin estar determinado por la responsabilidad moral ni guiado por el respeto a la persona. (11)

El hombre, dice Guardini en *El ocaso de la edad moderna*, domina en gran medida los efectos inmediatos de la naturaleza, pero no domina sus efectos indirectos, el “dominar” mismo. “Tiene poder sobre las cosas, pero no lo tiene todavía –hablemos con más optimismo- sobre su poder”. Todavía no existe una ética del uso del poder bien elaborada y dotada de eficacia, menos aún una educación orientada a lo mismo.

Hacia el porvenir, el hombre deberá asentar la cultura que haga sobre un ámbito existencial distinto al de los siglos pasados: “La virtud básica será ante todo la seriedad en el deseo de verdad”. La segunda “será la fortaleza; una fortaleza sin aspavientos, espiritual y personal, que se enfrenta con el caos amenazante”. Y la tercera “algo que repugnaba radicalmente al sentimiento de la Edad Moderna, el ascetismo. “El hombre tiene que aprender a ser dueño de sí mediante el vencimiento y la abnegación, y con ello a ser dueño de su propio poder. La libertad que da este dominio orientará aquella seriedad hacia las soluciones verdaderas, en tanto que hoy vemos cómo se emplea en ridiculeces una gravedad casi metafísica; hará que el mero valor se convierta en fortaleza, y

desenmascarará los pseudoheroísmos, en virtud de los cuales se deja inmolar el hombre, fascinado por pseudoabsolutos”.

“¿No son ellos suficientes para advertir la notable semejanza entre la perspectiva histórica de Guardini y la de Maritain? Ambos pensadores coinciden en todo lo esencial. La tesis del humanismo medioeval teocéntrico reemplazados por el humanismo antropocéntrico, a que alude Maritain en sus obras histórico-culturales, domina también en el pensamiento de Guardini. La idea de una Edad Media absorbida en lo divino, olvidada con frecuencia de lo temporal, fundada en lo que Maritain llama, con honda comprensión, “ingenuidad”, que junto con llegar al ser esencial del hombre y de la naturaleza, sin embargo, de otro modo que la Edad moderna, también está viva y consciente en Guardini. Nos referimos a la aparición de la conciencia moderna, del sentido de la autonomía personal, la necesidad de una búsqueda psicológica del “yo”, el sentido crítico, etc. Sobre cada uno de estos puntos, la mentalidad de ciertos sectores católico hizo blanco de sus ataques a Maritain.”

Ellos, señala Castillo, “rechazaron la legitimidad de una filosofía de la historia y criticaron los conceptos en que ella se fundaba. La obra de Guardini, junto con reavivar la interpretación concreta de los hechos, ha ratificado cada uno de esos conceptos”, y nos indica que no será posible entender la evolución hacia la Edad Moderna, sin hacer un análisis de las distintas esferas de la vida y la actividad correspondientes. Pero esto no puede hacerse sin comprender los elementos en un conjunto, “en el cual cada elemento implica y determina a todos los demás” (...).

Para Jaime Castillo se trata, en suma, de que “la historia no debe ser objeto de una interpretación lineal. No cabe aquí ni el idealismo ni el materialismo. El término adecuado es el realismo, de vieja prosapia aristotélico-tomista. Es también el punto de vista en que se coloca Maritain para poder dar al desarrollo espiritual y a la evolución material, al aporte de la espiritualidad y a la lucha de clases, un papel dentro del conjunto.”

Guardini, por lo demás, sabe perfectamente que cada período histórico presencia una doble faz. Ya lo vimos al tratar de la noción del hombre en la Edad Media y en la Edad Moderna. Hay una suerte de contradicción en la imagen que cada una se hace. Este carácter tiñe siempre toda realidad histórica. La Edad Media no puede ser juzgada al través de ‘valoraciones de tipo polémico que nacieron en el Renacimiento y en la época de las luces’. También se han de dejar de lado “los panegíricos del Romanticismo que dan a la Edad Media lo que podríamos llamar un carácter ejemplar, y han impedido a más de uno llegar a establecer un contacto libre de prejuicios con el momento actual”.

¡Qué palabras más certeras para enjuiciar a aquellos críticos que no desean por motivo alguno sino quedarse con los panegíricos!

Por otra parte, respecto a la Edad Moderna, señala que nada tiene que ver con sentimentalismos baratos de hundimiento y decadencia. Tampoco me propongo renunciar al fruto legítimo de la experiencia y del trabajo de la Edad Moderna en nombre de una Edad Media románticamente transfigurada, ni de un fruto ensalzado utópicamente. Ese fruto es de una importancia incalculable, tanto para el conocimiento del mundo como para su dominación. Y por muy funestas que puedan ser sus atrofias, incluso los estragos, que ha sufrido el ser humano en la Edad Moderna, nadie negará que en ella ha alcanzado una madurez de consecuencias trascendentales”.

“Esto era exactamente lo mismo que Maritain llamaba la ambivalencia de la historia. ¡Pero su teoría fue objeto de las más rudas críticas y de las acusaciones en que la incomprensión se une con la mala fe!”

Y agrega: “Nótese, por fin, la manera como Guardini está postulando en todo instante la idea de un progreso que se verifica a través de retrocesos y dificultades, que no es automático, sino violentado, pero que deja siempre alguna huella de sí mismo, incluso en los tiempos en que se produce más bien un salto hacia atrás. Agreguemos que hay en todo lo que precede la idea de una verdad cristiana susceptible de realizarse, pero que adopta formas diferentes de verificación”. Hace ver Castillo que “cuando se sugiere el fin de una época y el comienzo de otra, en que los mismos valores tendrán una realización diferente, se está haciendo una aplicación del concepto de **analogía**, a la historia. A Maritain se debe precisamente la reflexión más certera sobre este punto.”

Sobre la actualidad de Guardini, limitémonos a señalar los siguiente:

El papa Francisco cita varias veces a Guardini en la encíclica *Laudato si, sobre el cuidado de la casa común*, publicada 18 de junio de 2015. Lo hace en el capítulo tercero, que trata de “la raíz humana de la crisis ecológica”. La obra a la que hace referencia el pontífice es justamente *El ocaso de la edad moderna*, y las ideas que toma de allí para fundamentar planteamientos como estos:

- Se tiende a creer “que todo incremento del poder constituye sin más un progreso, un aumento de seguridad, de utilidad, de bienestar, de energía vital, de plenitud de valores”, como si el bien y la verdad brotaran espontáneamente del mismo poder tecnológico y económico. El hecho es que “el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con acierto”, porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia”.

- De hecho, La técnica tiene una inclinación a buscar que nada quede fuera de su férrea lógica, “el hombre que posee la técnica sabe que, en el fondo, esta no se dirige ni a la utilidad ni al bienestar, sino al dominio; el dominio, en el sentido más extremo de la palabra”. Por eso “intenta controlar tanto los elementos de la naturaleza como los de la existencia humana.”
- El antropocentrismo moderno, paradójicamente, ha terminado colocando la razón técnica por sobre la realidad, porque este ser humano “ni siente la naturaleza como norma válida, ni menos como refugio viviente. La ve sin hacer hipótesis, prácticamente, como lugar y objeto de una tarea en la que se encierra todo, siéndole indiferente lo que con ello suceda”.

Y a fines del mismo año de la publicación de *Laudato si* -con esto terminamos-, en una audiencia con los miembros de la Fundación Romano Guardini que participaron en el congreso promovido por la Universidad Gregoriana con motivo del 150º aniversario del nacimiento del sacerdote y teólogo, el papa Francisco sostuvo que Guardini "tiene mucho que decir a la humanidad de nuestro tiempo y no solamente a los cristianos", y expresó su deseo de que la obra del autor haga comprender "el significado y el valor de los fundamentos cristianos de la cultura y la sociedad".

## Notas

(1) Guardini, Romano. *Mundo y persona (Ensayos para una teoría cristiana del hombre)*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, p. 15.

- (2) Guardini, Romano. *El ocaso de la edad moderna (Un intento de orientación)*, Ediciones Guadarrama, Madrid, , 1958, p. 27.
- (3) Id., p. 31.
- (4) Id., p. 53.
- (5) Id., p, 71-73.
- (6) Id., p. 89.
- (7) Id., p. 90-91.
- (8) Millán Puelles, Antonio. *Persona humana y justicia social*, Ediciones Rialp, Madrid, 1962, p. 35.
- (9) Id., p. 39.
- (10) Id., p.p. 100-101.
- (11) Guardini, Romano. *El poder (Ensayos sobre el reino del hombre)*, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1959, p.p. 66-71.
- (12) Gilson, Etienne. *El espíritu de la filosofía medieval*, Emecé Editores, Buenos Aires, p.p. 21-25.
- (13) Guardini, Romano. *Mundo y persona*, op. cit., p. 67 y ss.

## **Bibliografía**

Gilson, Etienne. *El espíritu de la filosofía medieval*, Emecé Editores, Buenos Aires.

Guardini, Romano. *El ocaso de la edad moderna (Un intento de orientación)*, Ediciones Guadarrama, Madrid, , 1958.

\_\_\_\_\_. *El poder (Ensayo sobre el reino del hombre)*. Editorial Troquel, Buenos Aires, 1959.

\_\_\_\_\_. *Mundo y persona, (Ensayos para una teoría cristiana del hombre)*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963.

Millán Puelles, Antonio. *Persona humana y justicia social*, Ediciones Rialp, Madrid, 1962.